

## La madre del cura

En el barrio del Naranjo están de luto porque ha muerto la madre del cura; de ese cura ejemplar al que tanto deben por su constante desvelo en favor de sus feligreses, que popularmente le conocen como «Padre Ladrillo», y al que su buena madre designaba con el excluyente posesivo de «mi Agustín». Pero me pregunto si de verdad, se habrá muerto la madre del cura; porque creo yo que las madres de los curas no mueren, sencillamente, se van...

Si la Providencia divina tiene reservado un sitio especial para todas las madres, por su generosa cooperación a la obra del Creador, privilegiado lugar han de tener asignado esa madres particularmente escogidas por Dios para perpetuar, ya no la especie humana, sino la misma obra redentora de la Iglesia a través de sus ministros. Porque son ellas quienes prime-

ro sienten la llamada del Señor —vocación de madre de cura—; y las que siembran —a veces sin saberlo— la primera semilla del sacerdocio con las primeras oraciones que enseñan a sus hijos; y son ellas las que cultivan afanosamente la planta de la vocación que ya empieza a despuntar; y las que «viven» la formación sacerdotal de sus muchachos; y las que —con más emoción y derecho que nadie— besan sus manos en el día hermosamente divino de su primera Misa. Y es en este día, cuando culmina la penosa y dulce ascensión hasta el sacerdocio, cuando la madre del cura siente en el fondo de su alma —como sintiera la Virgen María al ser anunciada— que entre ella y Dios se ha establecido una nueva relación, un pacto especial; desde entonces es, además de hija de Dios, madre de un cura.

Por eso doña Luisa, que al hablar con alguien de su hijo decía «mi Agustín, cuando hablara con Dios diría «nuestro» sacerdote. ¡Bendita comunidad!

¡Con qué envidiable serenidad se habrá presentado ante el tribunal de Dios! Humilde, sencilla, limpia, la madre del cura dirá tímidamente: «Gracias, Señor, por haberme escogido como molde para fundir un nuevo ministro tuyo; gracias por haber pues-

to en mis entrañas la sal de la tierra y la luz del mundo; gracias por haber dado tacto a estas manos y haber pedido su colaboración para moldear un nuevo sacerdote. Siempre procura cumplir tu voluntad, como verdadera esclava tuya; y aquí tienes mis manos después de su tarea, después de haber cuidado las manos de mi hijo para que Tú bajaras a ellas. Ya ves, Señor, que no están vacías, sino llenas de la misma sal y la misma luz que misteriosamente pusiste en mis entrañas para que yo las diera

al mundo a través de un ministro tuyo; de ese que ya no es «mi Agustín pero que sigue «nuestro» cura, Señor, «nuestro» sacerdote para siempre.»

El Señor, complacido, habrá envuelto a la madre del cura en la inefable felicidad de su dulce sonrisa; y la Madre de Dios la habrá tomado de la mano para decirle: «Siéntate conmigo, porque tú eres la madre de otro Cristo» Y doña Luisa se habrá extasiado con el canto celestial de los ángeles, mientras el Señor enviaba una mirada de paternal reproche al Barrio del Naranjo, como diciendo: «¡Hombres de poca fe! La madre de un sacerdote mío no muere, sino que viene a mí; porque no puede secarse el árbol que da tan buen fruto. ¡Bendita es, siempre la madre de un cura!»

Carlos Valverde Castilla

Córdoba